

Bagan (1)

Salimos el hotel a las cinco y cuarto. Apenas comienza a amanecer pero las calles muestran mucho más tráfico y mayor actividad de los que esperábamos. Junto al embarcadero decenas de personas se arremolinan en torno a un pequeño quiosco. Acuclillados en corrillos, comparten conversación, vasitos humeantes, cigarrillos y viandas. Entre ellos, vemos unos cuantos turistas: jóvenes mochileros en su mayoría. Escuchamos algunas frases en inglés, italiano y español. El sol se alza sobre las copas de los árboles a la rápida velocidad de los trópicos. Sentados en torno a un ficus gigante abrimos las cajitas de cartón con las que el hotel nos ha provisto el desayuno: emparedados, fruta, yogur y zumo de melocotón en pequeños envases de plástico. Cuando nos disponemos a embarcar aparece un motorista voceando mi nombre. Me resulta extraño oírlo en aquél lugar y pronunciado de ese modo. Levanto la mano, viene hasta mí y me entrega un sobre. Tiene el membrete del hotel y en su interior hay una factura. Al parecer, el recepcionista olvidó cargar 6 USD de un servicio de lavandería en la cuenta. Mientras rebusco en los bolsillos y le entrego el dinero me siento azorado, como un vulgar un raterillo sorprendido a la vista de todos.

Contemplado de cerca, el Irrawadi es un río ancho, majestuoso, de aguas terrosas y remolinos amplios. A primera vista, la corriente parece lenta, perezosa incluso, pero esa impresión se desvanece en cuanto llegamos al centro del cauce. Ahí los potentes motores del barco han de emplearse a fondo para sostener el rumbo. Vislumbramos con dificultad la orilla opuesta: una línea imprecisa, a menudo lejana, pocas veces vegetal, casi siempre arenosa. Zarpamos dejando Mandalay detrás y la izquierda. Brillante bajo el sol del amanecer, nos despide el puente construido por los británicos y, tras él, envidiosas de la popularidad de la imagen de su antecesor, las incompletas estructuras

del nuevo puente que el gobierno birmano levanta con ayuda china. Pasamos a la altura de Awa. Tras los altos árboles, adivinamos el perfil de sus mágicas ruinas y la silueta de la torre del reloj. A continuación cruzamos la línea de tiro de las fortalezas gemelas que, una en cada orilla, defendían la entrada a Mandalay por el río. Shew explica que de poco sirvieron durante la segunda guerra anglo-birmana. “Los británicos enviaron una flota por el río, tan solo para llamar la atención, y cuando la mayoría de los defensores estaban en los fuertes un potente ejército atacó la ciudad por tierra”. Tras una breve pausa, añade: “El rey no era muy valiente y se rindió enseguida” Y, filosófico, concluye: “Aunque la desproporción era tan grande que, probablemente, habría sido derrotado de todos modos”. En esta época del año el caudal del río no da una idea de lo complicado que puede resultar navegarlo durante la estación seca, cuando la escasez de agua hace peligrosa la navegación y el trayecto hasta Bagan puede tomar once o doce horas. Hoy esperamos emplear cinco o seis.

Estragados por el madrugón, bajamos al puente inferior en busca de un té caliente. Con el vaso en la mano, Martín se hace invitar a la cabina de mando. Sale al poco y dice que ni uno solo de los medidores que ha visto funciona. “Tal vez el capitán conoce de memoria estas aguas y no los necesita”, comenta con gesto resignado. Regresamos a cubierta. Isabel y Pilar se tumban en sendas hamacas y, tras embadurnarse con cremas protectoras, se ponen a tomar el sol. Martín y yo nos acomodamos en el barandal de proa. Un barco idéntico al nuestro sube por el río y cruza por nuestra derecha (¿babor?). Trescientos metros aguas abajo una isla baja y arenosa parte el cauce por la mitad. El barco aminora la marcha y para sortearla, se aproxima a la orilla izquierda, un alto talud de barro del que sobresalen arbustos densos y raíces gruesas, y ahí se mantiene. Parece que efectivamente el capitán conoce cada tronco caído, cada roca hundida, cada banco de arena. Un pájaro grande y negro de largo cuello

y pico rojo cruza de una a otra orilla rozando la superficie del agua. Estupas blancas y doradas sobresalen por sobre la vegetación. Más allá de la verde línea que cubre ahora la orilla opuesta, el paisaje se va haciendo más llano y más seco. Me digo que cada elemento de este paisaje (el agua, la isla, los troncos, el pájaro, las estupas, la vegetación de las orillas, la aridez que se anuncia) posee una personalidad propia, un significado y un simbolismo que aunque percibo, no soy capaz de comprender, mucho menos de expresar.

A nuestra izquierda, apoyada contra el mismo barandal que nosotros, hay una pareja. El es alto, tiene el cabello castaño y la barba pelirroja, lleva una Nikon réflex colgada al cuello y escribe en una Moleskine como la mía. Ella - delgada, guapa, elegante - viste ropa deportiva cara y gafas de sol de marca. Nos habíamos cruzado con ellos en el embarcadero e intercambiamos algunas frases. Él es español, de Madrid. Viven en Palma y ella, según recuerdo, dijo que este era su primer viaje a Asia. Habían visitado primero en Angkor y luego tomaron el mismo vuelo de Bangkok a Rangún que nosotros. Son jóvenes, cultos, guapos. Tal vez un puntito arrogantes. Pero me gustan. En realidad, me dan envidia. Con poco más de treinta años están haciendo lo que yo he debido esperar a los cincuenta para poder hacer. Han estado en Inle y en Mandalay pero no en Mandalay Hill. Tampoco han oído hablar del festival de los *nuts*. Describírselo con detalle sabiendo que ellos ya no lo verán, me produjo el agradable regusto de las pequeñas venganzas.

El curso del río es ahora muy ancho, perezoso a ratos. Dejamos atrás un islote grande con varias chozas, vacas y búfalos, y gente trabajando la tierra. Un hombre camina por el islote, toma una barca y se dirige hasta la orilla. La barca tiene un pequeño motor y va llena de paquetes y cajas tapadas con una lona sucia. Aunque navegamos despacio, me sorprende que el capitán no aminore la velocidad. El hombre

maneja la barca con parsimonia y destreza. Cruza a escasos metros de nuestra proa sin hacer un gesto, sin mover la cabeza. Se diría que nos ignora y que lo tiene a gala. El sol está ya muy alto y el calor aprieta de lo lindo pero en la proa la temperatura sigue siendo soportable merced a la brisa. Al cabo de tres horas atracamos en un pequeño embarcadero repleto de campesinos que tratan de vender sus productos - cocos partidos, manojos de plátanos, botellitas de agua – como pueden; la mayor parte a través de los ojos de buey y las ventanas del casco. La parada es corta, enseguida suena la bocina y nos ponemos en marcha. Bajo a la cabina cubierta. El calor, la monótona vegetación de las orillas, el ruido del motor y la ausencia de tráfico fluvial invitan a la modorra. Me resulta imposible evitar un cabeceo del que me sacan tres secos toques de bocina. Abro los ojos y veo un ferry gemelo subir aguas arriba. Miro el reloj. Son las 9:35 y el paisaje continúa invariable: rubios bancales de arena, verdes manchas cubriendo las orillas, pequeñas islas arenosas, remolinos en el cauce, alguna que otra choza dispersa. Pilar baja del puente superior y se sienta a mi lado. Somnolientos, cambiamos impresiones. Luego se tumba en mi regazo y se queda dormida. Pasa otra media hora. Las orillas siguen iguales, también el río. De pronto, aparece Shew con dos pequeñas neveras portátiles y nos ofrece un *tea-time*. Subimos a la cafetería, nos acomodamos en cuatro grandes sillones, probamos las mermeladas de Shew (de fresa y de piña con salsa de chile y ajo) y bebemos té chino.

Vamos luego al puente superior. Delante, a nuestra derecha, navegan tres barquitas de vela cuadrada y un viejo carguero que parece salido de una novela de Conrad o de una película de John Houston. Las aguas son poco profundas, abundan los bancos de arena y, de cuando en cuando se avistan pagodas pequeñas en las orillas. La navegación sigue lenta y aburrida. Bajo el toldillo del restaurante, un grupo de mochileros italianos juega a las cartas. Juegan maquinalmente, para pasar el rato, sin

aspavientos ni gritos. De repente, como si quisiera sorprendernos, el río se ensancha aún más y describe una suave curva hacia la derecha. Un arroyo desemboca por nuestra izquierda. Hay barras de arena y zonas inundadas en la orilla que desaparece en varios puntos, sustituida por amplias y brillantes extensiones semi-pantanosas. Shew nos informa que estamos entrando en el área de Bagan. A la izquierda, a lo lejos, difuminada por una gruesa nube que descarga una cortina de lluvia gris sobre sus laderas, se alza el Monte Popa. Quince minutos después, el río describe una segunda curva, más cerrada que la anterior, esta vez hacia la izquierda. Por fin, a lo lejos, dispersa sucesión de puntitos oscuros salpicados sobre la parda planicie, avistamos las negras siluetas de los templos de Bagan. La navegación es tan lenta que el barco parece detenido en mitad de la corriente. Shwe aparece de nuevo para darnos una explicación incomprensible sobre las razones por las que llegaremos a Bagan a las tres en lugar de a la una. Avisa que es hora de comer. Ninguno tenemos hambre pero bajamos al restaurante y pedimos el consabido arroz con fideos.

El curso del río comienza a estrecharse. Vemos más templos y de mayor tamaño en ambas márgenes y, también, más barcas en las orillas. El barco se detiene en Pakokku, un pequeño embarcadero flotante sobre el que una docena de mujeres ataviadas al modo tradicional nos ofrecen mantas de algodón de vivos colores. Se negocia con gestos y a gritos. Ellas tiran primero las mantas en bolsas de plástico contra la cubierta y los turistas les envían el dinero en paquetitos hechos con pedazos de esas mismas bolsas. Dos o tres niños que nadan desnudos en torno al barco recogen los paquetes que caen al agua y se los entregan a los destinatarios. Tienen experiencia, saben lo que hacen. No dejan sin recoger ni un solo paquete.

Durante la última hora de navegación el río vuelve a ensancharse. El calor es agobiante, la vegetación se adensa un poco. Hay más poblados, más barcas amarradas,

más gente en las orillas. Continuamos navegando junto a la orilla izquierda que se va elevando hasta formar un farallón de tierra parda de metro y media de altura, interrumpido de vez en cuando por pequeñas playas de barro o por la desembocadura de algún riachuelo. Por sobre las copas de los árboles avistamos las primeras cúpulas doradas. El río describe una cerrada curva hacia la izquierda. Lejos, nimbada por la bruma, la cadena montañosa que cierra el valle por el oeste se eleva majestuosa. Todos los pasajeros han subido a cubierta, la mayoría con sus cámaras preparadas. De un momento a otro avistaremos la ancha planicie de Bagan y queremos admirarnos antes los restos de una civilización grandiosa, sentir el privilegio de haber llegado.

A la mañana siguiente, en el despoblado restaurante del hotel, mientras aguardamos que nos sirvan, trato de recordar una vez más la llegada a Bagan, la sensación al contemplar las primeras cúpulas desde el río; los últimos quince minutos de lentísima navegación bordeando recodo tras recodo; la visión de dos o tres cúpulas doradas de gran tamaño bajo el declinante sol de la tarde; el embarcadero lleno de gente con Dango sonriendo y haciéndonos señas bajo un ficus inmenso; el desembarco y la complicada ascensión por una estrecha escalera tallada en el lodo seco de la orilla; el agobiante calor que nos envolvió, húmedo y seco al mismo tiempo; el primer niño que se nos acercó, al que Isabel cambió una cajita lacada por un lápiz de labios; el trayecto hasta el hotel por una amplia avenida flanqueada por una doble hilera de árboles que, según Shew, el gobierno recién ha ampliado para facilitar la llegada de los turistas; los secos y polvorientos campos donde abundan los matojos ralos, los arbustos pequeños y los barbechos recién roturados, un paisaje más propio de la sabana africana que de las fértiles riberas de uno de los grandes ríos de Asia; el hotel Thante, un agradable

conjunto de bungalows pintados en tonos pastel y dispuestos en torno a una piscina de aguas azules y a una fuente de diseño indescriptible. Las habitaciones son espaciosas y limpias y la iluminación, en un país con problemas crónicos de suministro eléctrico, más que decente. Tras registrarnos, Shew nos da una hora de descanso. La aprovechamos para bajar a la piscina pero el agua tiene tanto cloro que salimos casi enseguida. Me paso la siguiente media hora lavándome los ojos con agua fría. De nuevo en la recepción, hojeo los libros que hay sobre el mostrador: novelas policíacas, viejas guías turísticas, y dos buenas novelas sobre Birmania, *Burma's Days* de Orwell y *Burma's Arp* de Michio Takeyama, todo ello en inglés.

Shew nos conduce a una fábrica de objetos lacados cuyo propietario, dueño asimismo de unos imponentes mostachos, afirma descender del mismísimo Gengis Khan. Buenas calidades, buenos diseños y precios altos como corresponde a una empresa que, pese al embargo, se jacta de exportar a varios países europeos, Italia entre ellos. El Bigotes dice haber viajado a Bolonia (y a otras ciudades europeas) para estudiar las técnicas de producción y su nivel de inglés es más que aceptable. Contra mi opinión (favorable a iniciar el regateo por las piezas nuevas) Martín comienza a discutir el precio de las cajas antiguas. Al final, no hay acuerdo ni en unas ni en otras. Salimos sin comprar nada y con la idea de volver, convencidos de que en la segunda visita conseguiremos mejor precio. Visitamos dos o tres establecimientos más y compramos algunos recuerdos, pero en ninguna vemos lacas con la calidad de las del Bigotes. Al salir de una de ellas, nos aborda un grupo de monjas budistas capitaneado por una mujer menuda de edad indefinible. Lleva gafas de montura metálica y una dentadura postiza con varias piezas doradas y, por un instante, me parece de rasgos occidentales. Habla algo de inglés y se muestra ávida por saber de dónde venimos y a dónde vamos. Cuando se lo digo hace un gesto de admiración, que me hace dudar sobre si seremos los

primeros turistas europeos con quienes ha conversado. Le ofrezco una limosna y ella la agradece con el saludo budista. Mientras hablamos Martín y Pilar le hacen fotos y ella les sonrío beatíficamente. Al final, nos pide permiso para partir, y se aleja seguida de su pequeña comitiva.

Cae la tarde. Shew nos lleva a un restaurante situado a la orilla del río. Tenemos mesa reservada en una amplia terraza al aire libre. Hay otras dos mesas ocupadas por parejas de turistas occidentales. Mientras esperamos, contemplamos un espectáculo de marionetas, casi idéntico al de la noche anterior en Mandalay. Ocho o diez metros delante de nosotros han instalado una larga mesa en torno a la que se sientan unos veinte comensales. Bajando la voz, Shew nos explica que se trata del gobernador del distrito con funcionarios de su gobierno y varios invitados extranjeros. Tras examinarlos unos segundos, añade que los extranjeros son funcionarios de la AESAN, a la que Myanmar busca pertenecer, infructuosamente, desde hace años. Se le nota incómodo y no lo oculta. Me levanto y voy al baño. Al salir, un niño de unos seis o siete años me hace una reverencia y me ofrece una tollita perfumada. La tomo y me limpio las manos mientras el niño me mira con grandes y redondos ojos negros. No me pide nada ni hay ningún lugar donde yo pueda dejar unas monedas. Salgo del baño con una incómoda sensación de culpa. Durante la cena, hacemos fotos de la gran pagoda iluminada contra la oscuridad del cauce. El efecto es impresionante, casi espectral. Cenamos bien y a un precio muy aceptable. Cuando nos levantamos veo que una de las parejas de turistas ha sentado al niño del lavabo a su mesa. El niño come despacio, enfrascado en su plato y ellos le observan. Ninguno habla.

Ya en la cama y antes de dormir, comienzo a leer la versión en español de “El arpa Birmana” que Martín me devolvió por la mañana. El primer capítulo comienza así: “Desde luego, nosotros cantábamos muy a menudo”. Y continúa describiendo el modo

en que una compañía de soldados japoneses estacionada en Birmania a finales de la segunda guerra mundial fabricaba sus propios instrumentos y ensayaba canciones mientras marchaba por el país. Su especialidad era una canción titulada “Hogar, dulce hogar” y el instrumento más apreciado, un arpa de fabricación artesanal, a imagen y semejanza de las arpas birmanas. Un día, mientras la compañía en pleno escuchaba el sonido del arpa, “sobrevino volando de no sabemos donde un pavo real. Durante un rato se paseó andando delante de los soldados, y de nuevo levantó el vuelo. En el aire sereno dejó oír el batir de sus alas, y proyectando su silueta sobre la superficie del lago, se perdió en la lejanía.

Este ha sido uno de los recuerdos más agradables”

Sabiendo que a continuación sigue la descripción de un terrible calvario, cerré el libro y me puse a dormir.

A la mañana siguiente desayunamos en un comedor inmenso los cuatro solos atendidos por seis camareros e inmediatamente iniciamos el recorrido por los templos. Según mi guía, entre la conquista de Thaton por Anawrahta (1075) y la invasión de Birmania por Kublai Khan (1287), unos 13.000 templos, pagodas, estupas y otras construcciones religiosas fueron levantadas en la planicie de Bagan. De ellos solamente 2.000 permanecen en pie diseminados una amplia extensión de terreno poblada de acacias, palmeras, henequenes y pinos, abejas y moscas, interrumpidos de cuando en cuando por pequeñas plantaciones de judías y de cacahuets. Una extensión limitada al norte por la villa de Nyaung U, al oeste por el río y al sur por el Nuevo Bagan, la villa donde, en 1990 y mediante una “controvertida operación”, los militares realojaron a la población que habitaba la zona central del área de los templos. Una extensión amplia, de

contornos imprecisos, sobre todo hacia el este, recorrida por rebaños de cabras y cebúes, y por grupos de mujeres dedicadas a reparar, con poco más que sus manos desnudas, los caminos y las veredas y, a menudo, también los templos.

Desde lo alto del primer templo obtenemos una visión de conjunto, con el río a lo lejos y las montañas al fondo. Delante y a la derecha destaca un edificio en construcción que, según Shew, el gobierno está levantando para que sirva de centro de acogida y de vigilancia. El edificio (tres plantas de cemento, ladrillo y hierro forjado), rompe totalmente la perspectiva, y la alta y verde grúa metálica situada en su centro me parece un monstruo venido de otro planeta con el solo y exclusivo propósito de incomodarnos. Aunque corren nubes por el cielo y sopla una suave brisa, el calor comienza a apretar. Viendo a los primeros mochileros del día, me alegro de viajar en una cómoda furgoneta con aire acondicionado y no como ellos: en carricoche, en bicicleta o andando.

Vemos más templos, más estupas, más sembrados. Me siento fatigado, no tengo ganas de consultar la guía o de preguntarle a Shew. Mucho menos de tomar notas. Prefiero dejarme llevar, invadir por el escenario y el ambiente. Pilar les hace fotos a un grupo de campesinas con enormes hatos de ramas negras sobre las cabezas. Shew nos señala un templo cuya refulgente cúpula dorada ha sido recién pintada. Nos explica que ese templo ha sido recién reparado por la familia de Número 3 (el Primer Ministro) quien, al parecer, desea llegar pronto a Número 1. “Por eso” añade “este es uno de los pocos templos en Myanmar que tiene cinco budas: los cuatro habituales más un quinto que representa “al buda que vendrá” (Dos años después, y coincidiendo con una nueva promesa de apertura del Régimen Militar, leí que Número 3 había sido cesado y desposeído de sus cargos acusado de corrupción masiva y de abuso de poder). Nos lleva luego a la orilla del río, hasta el mismo templo que vimos desde el restaurante la noche

anterior. Cerca de allí hay un embarcadero y una playita, y los árboles del talud muestran sus desnudas raíces, según Martín, al modo como, en ciertas zonas de la costa caribe de Panamá, lo hacen los “árboles que andan”. Durante unos minutos especulamos sobre si estos árboles birmanos dispondrán o no del complejo y delicado sistema de fototropismo de sus homólogos panameños. La temperatura sigue subiendo, caminamos descalzos y el suelo del templo abrasa por lo que recorreremos el recinto casi a la carrera y buscando las sombras. Al salir, Shew nos sugiere un tea-time en una zona resguardada de la playita y al llegar a ella nos topamos con la pareja de jóvenes elegantes del barco.

El encuentro resulta muy grato, charlamos animadamente. Él se llama como yo y ella pronuncia un nombre inglés que no alcanzo a entender. Recuerdo que en el barco a él le vi leyendo un libro de poemas de Claudio Rodríguez, uno de mis poetas favoritos, y se lo digo. Él responde que de vez en cuando organiza veladas poéticas y, también, de flamenco. Ella le comenta a Isabel que les había llamado la atención nuestra forma de viajar “tan poco usual entre los españoles como...” (en este punto vacila un instante en busca del calificativo adecuado) “... de su edad”. El país les ha gustado, pero solamente han visto Rangún, Mandalay y Bagan, y piensan volver. Les recomendamos los servicios de Shew y ellos le piden la tarjeta. Nos intercambiamos los números de teléfono. Proponen tomar una copa en su hotel esa noche. Habían reservado primero en el nuestro pero al final decidieron darse el gusto de ir al más caro de la zona. Luego se despiden y se marchan. Al cabo de un rato, recibo una llamada de él. Me pide mi dirección de correo y me da la suya. Me dice (como algo entre él y yo) que escribe poemas. Le contesto que yo he publicado un primer libro y tengo otro en preparación. Le menciono la editorial y asegura conocerla. Cuelgo, les comento a los demás la conversación y gastamos un rato especulando sobre ellos, sobre cómo se ganan la vida, cómo es su relación, etc.

Tras recorrer una zona de tenderetes y comprar dos gafas de sol por 2 USD cada una, entramos en un templo que Shew denomina el “templo de los frescos”. La puerta está cerrada con una gruesa cadena cuyo candado nos abre una diligente señora. Nos explica (a Shew, quien luego traduce) que en el interior hay unas quinientas pinturas, la gran mayoría arruinadas por el paso del tiempo y los saqueos. Las pocas que permanecen intactas son, ciertamente, maravillosas. Después vamos al “templo del rey mon” (sigo sin consultar la guía y anotando las denominaciones de Shew) quien, según se dice, pasó cautivo en él sus últimos años, y en cuyo interior hay tres budas “encarcelados” y un buda en situación de nirvana (orientado al norte y con los ojos cerrados) simbolizando al propio rey quien hubo de vender cuanto tenía para poder terminarlo. Cuando salimos es casi mediodía, la brisa se ha detenido, el calor aprieta de lo lindo y Shew nos propone tomar algo. Paramos frente a un chamizo donde anuncian “lassie” justo cuando lo abandonan un grupo de jóvenes que no habíamos visto antes. Hablamos con ellos en inglés y solo al despedirnos nos damos cuenta de que son españoles. Enseguida nos rodean varios vendedores. Aseguran ser artesanos que muestran sus tejidos decorados a mano con motivos de los templos. Isabel y Pilar los examinan con mirada experta. Algunos, afirman, parecen “puros Versaces”.

Como a Shew no le gusta el sitio para comer, solamente tomamos *lassie* y ensalada de frutas. De nuevo, comprobamos lo barato que resulta este país. Con la moneda local a 920 por 1 USD y la caída del turismo este verano, uno puede comer en un buen restaurante por no más de 4 USD, cerveza birmana incluida. Shew nos lleva a un restaurante propiedad de “el Bigotes”, situado muy cerca de su tienda. Saboreamos una estupenda comida china y al acabar, Martín y Pilar entran en la tienda, Isabel descabeza una siestita en una hamaca y yo me dedico a tomar notas. Regresan al poco, explicando que, al final, han comprado solamente un par de cajas lacadas, les han hecho

el mismo descuento que rechazamos por la mañana y el Bigotes ni se ha dignado aparecer. “La calidad tiene un precio” comento divertido. En ese momento reaparece Shew con un obsequio: una pequeña colección de monedas birmanas. “Estaban en circulación” explica melancólico “cuando yo era niño. Pero ahora la inflación las vuelto inútiles, las ha transformado en piezas de museo”. Me parece un gesto tierno.

Volvemos al hotel para darnos una ducha, y a las cinco y cuarto nos ponemos de nuevo en marcha. Primera parada: el impresionante complejo del “Ananda”, una de las cuatro maravillas de Bagan, según la guía. Shew dice que las hornacinas del templo contienen 1425 imágenes de Buda. La afiligranada talla de las puertas de madera y el diseño de las gárgolas de terracota nos dejan boquiabiertos. Nos extasiamos en su interior, parcialmente colonizado por una enorme bandada de murciélagos. Shew se empeña en explicar el significado de las posturas de las manos de los budas mientras ante lo cual, los demás se dispersan y solamente yo le presto atención. Pero pone tanto amor y tanta ilusión en sus explicaciones que no encuentro el modo de cortarle. Me asombra que a estas alturas, y pese a que no he parado de corregirle, me siga llamando “*Albardo*” y no Alberto, continúe pronunciando “*early*” como si fuera “*alley*” y diga “*pantry*” en vez de “*palm-tree*”.

De pronto abandona Shew su parsimonia habitual y mete prisa. “Se nos echa encima la puesta del sol” dice. Salimos del templo a toda velocidad pero yo me olvido las sandalias y he de regresar a recogerlas dando saltos porque el suelo abrasa. Segunda parada: el Pitakat Taik, la biblioteca de Anawrahta, uno de los pocos edificios seculares de Bagan que han sobrevivido, y donde ya se han apostado algunos peregrinos y unos cuantos turistas, japoneses y europeos principalmente. Martín trepa hasta lo alto del edificio y los demás nos quedamos en la primera terraza mirando hacia el río. Sin embargo, una delgada capa de nubes grisáceas vela hoy la puesta del sol, y aunque el

espectáculo no deja de ser hermoso, no se puede comparar a las postales y las fotos que hemos visto de los espectaculares ocasos de la estación seca. Con todo, la plácida quietud, la dulce brisa agitando las banderolas, y los rebaños de ovejas y vacas regresando a las aldeas (el viento nos acerca el sonido de badajos y cencerros pese a la lejanía), componen un cuadro inigualable. Por si fuera poco, disfrutamos del espectáculo ofrecido por la fuerte tormenta que se acerca por el norte.

Al cabo de un rato, se marchan los peregrinos y la mayoría de los turistas. El sol se ha puesto, la noche avanza rápidamente. Los campos quedan en completo silencio. Los perfiles de estupas y templos comienzan a difuminarse. Las chicharras prosiguen con su estruendo. Unos relámpagos rasgan las plumizas nubes de la izquierda. Martín grita que desde arriba hay una magnífica visión del río al oscurecer y nos anima a subir, pero no nos movemos. Le susurro a Pilar que estando aquí con ella no me cambiaría por nadie. Nos sobrevuelan los primeros murciélagos, se encienden las primeras luces. Al frente y a la izquierda, la cúpula del templo restaurado por la familia de Número 3 destella como un anuncio de supermercado. Al fondo y a lo lejos, los últimos rayos de sol doran la cúpula del Ananda. Cuando, a regañadientes, comenzamos a bajar, aún queda una estrecha línea blanquecina sobre las montañas. Todavía visitamos un templo más, y luego, durante la cena, sostenemos una tremenda discusión sobre la comida, la menopausia, las diferencias de género, y las (supuestas) rigideces de carácter de unos y de otros. En el fragor de la discusión nadie recuerda la invitación de la pareja de guapos jóvenes. Luego, llegando al hotel, Martín e Isabel tienen una bronca entre ellos y se marchan sin hablarse, pero nada impide que Pilar y yo nos metamos felices en la cama y hagamos el amor por la noche.

Por la mañana, después de desayunar, recorremos el mercado del nuevo Bagan, una sucesión de jugosos puestos de frutas y de verduras, de carnes y de pescados invadidos de moscas, de olores a salazones y a salmueras, de contundentes cacharros de barro cocido, de vistosas y aromáticas especias. Martín e Isabel nos cuentan que por la noche se han amigado sobre la base de que ella hará gimnasia y dieta cuando vuelvan y de que él ha prometido ser más flexible y menos dogmático en el futuro. El programa continua con la visita al monte Popa. Shew no la había incluido pero yo me puse pesado y cambió de opinión. Acacias y henequenes dominan un paisaje árido, salpicado por plantaciones de cacahuets castigadas por la sequía. Nos detenemos brevemente en una pequeña fábrica de aceite de cacahuete, dulces de palma y licores. La carretera comienza a subir. Diez minutos después nos paramos en un poblado tradicional. Esta vez sí hemos traído dulces y bolígrafos para los niños que enseguida nos rodean. Shew, más práctico, les ofrece galletas saladas y porciones de plum-cake. Casi todos se marchan con las manos llenas. Martín corta unas berzas y se las da a unas vacas ante el regocijo de los lugareños quienes no pueden saber que se crió en un pueblo del valle del Baztan, y que en los bajos de la casa de su familia siempre hubo vacas. La pendiente de la carretera aumenta. Nos cruzamos con autobús parado en la cuneta con una rueda pinchada. Mientras el conductor y dos o tres pasajeros se afanan en la reparación, el resto se arremolina en una pequeña zona de sombra. Nos miran con atención. Los turistas siguen siendo una curiosidad en esta zona. A medida que subimos árboles de teka y mangos sustituyen a las palmeras. Llegamos a un pequeño poblado situado en la base del monte cuya principal actividad parece ser la venta de flores y frutas, y de unas botellitas amarillas en cuyo interior hay unas flores olorosas. Shwe explica que son “ofrendas para la madre de los *nuts*”. Por el poblado vagabundean decenas de perros y algunos monos. Un grupo de adolescentes uniformado espera en una parada de bus.

Unos trabajadores semidesnudos cavan una pequeña zanja. Llegamos al templo de la madre de los *nuts*. Según Shew, el interior alberga treinta imágenes de “santos” custodios de las distintas divisiones y provincias del país quienes, a su vez, “custodian” las imágenes de los dos *nuts* y de su sagrada madre. Una señora de mediana edad y gestos enérgicos oficia de maestra de ceremonias desde un atril situado al final de una larga fila. Los peregrinos le entregan sus ofrendas (flores y frutas principalmente), ella las pasa por las ropas de las tres imágenes y las devuelve tras recitar una plegaria de buena suerte. No soy capaz de determinar si es ella o son los peregrinos quienes deciden contra cual de las estatuas se frota cada ofrenda. Iniciamos la ascensión al conjunto de templos situado en la cumbre cruzando la inevitable “*Shopping arcade*”.

A medida que subimos tramo tras tramo de escalera, los perros dejan su sitio a los monos; es decir, a las meadas, las cagadas, los olores, las carreras, y los chillidos de los monos. La subida se hace interminable. Sudamos a chorros, como nunca antes. Una vez arriba, nos decepcionan las vistas (“Nada del otro mundo”) y los templos (“Nada comparable a lo que ya hemos visto”). Bajamos enseguida, flaqueados por Dango a quien Shew ha enviado entretanto a “custodiarnos”. Nos alejamos del monte. Shew ha previsto parar en un *resort* cercano, un establecimiento de primera calidad provisto de spa, piscina y restaurante de lujo donde comemos y bebemos algo y, sobre todo, nos “bañamos” en el aire acondicionado. Desde la terraza del *resort*, las vistas, tanto del monte Popa como de sus dos templos principales, son magníficas.

Regresamos por la misma carretera que nos trajo. A medida que descendemos la temperatura sube aún más pero la humedad disminuye. Calculo que rondará los cuarenta grados. Frente al poblado ya no están los puestos ni los vendedores. Tampoco vemos a los adolescentes ni a los obreros. Un poco más abajo echamos en falta el autobús con la rueda pinchada y a sus estoicos pasajeros. Siento como si todos ellos (y los monos, y las

moscas, y los perros) fueran personajes de una obra de teatro cuya función hubiera acabado puntualmente. Imperturbables, como la platea, los palcos y el patio de butacas de ese teatro, ahí siguen el calor, el polvo y las vacas.

Entramos en Bagan aplastados por el sopor. Pilar y Martín deciden volver al mercado. Isabel prefiere la piscina. Yo escojo dormir y, si acaso, escribir un rato. Subo a la habitación, me desnudo y me tiro sobre la cama sin retirar el cobertor. Solo entonces descubro que el aparato de aire acondicionado no funciona. Anoche funcionaba bien pero ahora, cuando más lo necesito, no funciona. Desesperado, me visto de nuevo y bajo a la recepción. Me atienden amablemente y, amablemente, me explican que el técnico no está en ese momento en el hotel. Ha salido a buscar unas piezas y, como poco, tardará una hora en volver. Me cuesta reprimir un ataque de ira. Acepto que no hay nada que hacer, busco un sillón y me siento a leer. Me digo que, por lo menos, el vestíbulo está bastante fresco, lo que es mucho más de lo que tienen otros. Lentamente, sin lograr desembarazarme de la modorra, leo unas cuantas páginas de *“Burma´s Arp”*. En ellas el autor, prisionero en un campo de concentración al término de la guerra, reflexiona sobre las similitudes y diferencias entre Japón y Birmania, y sobre las relaciones entre budismo y progreso. En un primer momento, sus consideraciones me parecen bastante simplonas y plagadas de tópicos. Luego, sobre todo a partir de la comparación entre el uniforme (y el militarismo) japonés (extremo del “homo faber” que busca transformar el mundo a su imagen y semejanza) y la túnica (y el budismo de pequeña vía) birmano (extremo de adaptación al mundo tal como es y de vida contemplativa) me las tomo más en serio. Comprendo que el libro, publicado al poco del regreso de su autor a Japón en 1947, haya tenido tanta repercusión. Me pregunto si sesenta años después sus páginas todavía pueden seguir diciéndonos algo. Medito sobre ello sin encontrar respuesta. Siento que sí, que esas páginas encierran mensajes todavía

válidos pero no acierto a dar con alguno. “¿Se me estará olvidando pensar?” me digo “¿Acaso este calor me está derritiendo el cerebro?” En ese instante me sobresalta oír mi supuesto nombre, “*Albardo*”, susurrado junto a mi oído. Todavía aturdido, me incorporo a medias y veo a Shew frente a mí. Miro el reloj: son las cuatro y media, la hora convenida para la segunda visita a la zona de templos. Me pongo en pie de un salto, tropiezo, doy un traspiés: en el suelo, frente al sillón, está el libro de Takeyama. Me había quedado dormido.